

Escenarios contemporáneos de lo social

Una mirada desde el Trabajo Social intercultural y decolonial

Resumen

En este artículo se registran varios retos y desafíos en la identidad del Trabajo Social, a partir de los escenarios contemporáneos habituales y emergentes de lo social. Está escrito a partir de la experiencia profesional y académica en campos de intervención de la disciplina. Las preguntas que orientan la reflexión son las siguientes: ¿cuáles han sido los desafíos de lo social en los escenarios habituales del Trabajo Social?, ¿cuáles son los desafíos de lo social en los escenarios emergentes del Trabajo Social?, y ¿cuáles serían los aportes de la interculturalidad y la decolonialidad en estos escenarios contemporáneos de lo social en Trabajo Social?

Palabras claves: escenario social, identidad, interculturalidad, decolonialidad.

Contemporary scenarios of the social

A look from the intercultural and decolonial social work perspective

Summary

Several challenges in the identity of social work are identified in this article, from the contemporary scenarios (usual and emerging) of the social field. It is written based on the professional and academic experience in the fields of social work intervention. The questions that guide the reflection are the following: what have been the challenges of the social field in the usual scenarios of social work? What are the challenges of the social field in the emerging scenarios of social work? And, what would be the contributions of interculturality and decoloniality in contemporary scenarios of the social in social work?

Keywords: social scenario, identity, interculturality, decoloniality.

Escenarios contemporáneos de lo social Una mirada desde el Trabajo Social intercultural y decolonial¹

Rubby Esperanza Gómez Hernández

Introducción

La noción de escenario proviene de las artes escénicas y tiene arraigo teórico en la fenomenología, la etnometodología, el interaccionismo simbólico y el pragmatismo, pero también en la gerencia administrativa. El escenario es un espacio delimitado intencionalmente, con base en criterios de diferente orden. Por ejemplo, en la planeación prospectiva, la idea de escenario surge por la necesidad de tomar decisiones, actuar estratégicamente en medio de la incertidumbre y construir racionalmente hipótesis que permitan atrapar el futuro, no cualquier futuro, sino el deseado (Vergara, Fontalbo y Maza: 2010). En Trabajo Social, escenario es una categoría muy empleada, quizá por la relevancia de los hechos, la vida cotidiana, la acción social, los actores sociales, la construcción social del conocimiento y del cambio.

En este caso, contemplo la idea de escenario social como un espacio creado y delimitado, a partir de la forma que toman las dinámicas sociales de distinto

1 Este artículo surge de la ponencia “Desafíos y tendencias de la intervención en Trabajo Social en la sociedad contemporánea”, presentada el 6 de junio 2017 en el IV Foro de Trabajo Social Encuentro con nuestra identidad profesional, al cual fui invitada por la Universidad Industrial de Santander.

orden, compromete también un amplio relacionamiento humano, con objetos y materializaciones los cuales concretan distintos modos de vida, cambios y realizaciones personales y sociales. Los escenarios son, espacios cognitivos de realidades que, abordados desde múltiples ópticas generarán a su vez múltiples versiones de realidad. Estas pueden centrarse en la configuración de lo social desde las contradicciones entre quienes poseen los bienes materiales de una sociedad y quienes no, también en la manera como ocurre el relacionamiento en la sociedad. Igualmente, en aquellos fenómenos cuya relevancia producen reacomodos en las condiciones subjetivas, objetivas e intersubjetivas de las personas afectadas. Es decir, el escenario social se delimita por el impacto en las posibilidades de ser tanto de las personas como de los colectivos.

Los escenarios sociales son, a su vez, campos de conocimiento e intervención profesional. Trabajo Social los delimita mediante herramientas propias de la disciplina, para intervenir según sus marcos paradigmáticos y las circunstancias del contexto; de allí que, la discusión en torno a estos se encuentre a la orden del día, justamente por la necesidad de espacios para la reflexión, estudio y análisis, sobre cómo operan en la vida cotidiana, atendiendo a la complejidad que ésta presenta (Carballeda, 2010).

La actualización permanente frente a los contextos globales, meso y micro sociales son, a su vez, una oportunidad para replantearse la identidad profesional. En Trabajo Social, especialmente las tres décadas anteriores, ha cobrado vigencia la pregunta por la identidad. Cuando Nora Aquín (2003) habla del grado de preocupación por nuestra identidad como inversamente proporcional al grado de reconocimiento social alcanzado por nuestra disciplina, pero a su vez, un campo en tensión, es porque luchamos por algo de nuestra pertenencia, pero no necesariamente reconocido por otros, o no se está en disposición de reconocerlo. Entonces, la diferenciación aparece como un atributo necesario, hacia la cual, se enfoca la mayor parte de los esfuerzos.

Por lo tanto, la identidad transita entre la diferenciación, el reconocimiento y la invisibilización. Esta, ha convertido en un campo necesario de reflexión permanente en Trabajo Social. La cuestión es ¿por qué necesitamos la identidad?, exactamente porque permite “hablar de algo que caracteriza temporalmente, o históricamente a un sujeto o a un campo disciplinario, pero a la vez es imposible la representación precisa y definitiva” (Navarrete-Cazales, 2015, p. 464); esto conlleva a puntos de análisis muy diversos. La identidad es una constante reflexión sobre lo propio, lo dado, impuesto o asumido, pero que ahora nos distingue, es decir, nos permite ser reconocibles por otros en contextos de interacción

y comunicación (Giménez, 1997). La identidad, es una lucha de poder por alcanzar un estatus, político, epistemológico, científico, disciplinar entre otros.

La importancia de ésta, radica en poder situarnos, construir discursos sobre lo que sucede en el mundo, plantearnos una perspectiva ética desde la cual actuar, insistir en el reconocimiento como aquello que genera cohesión y sentimiento de lealtad colectiva, para deshacernos de las etiquetas formadas por otros. Por eso mismo, la identidad es mutante y relacional, imposible de ser definida desde una sola perspectiva. Como lo afirma Nidia Aylwin (1999, p. 12) “en la práctica no hay un solo Trabajo Social, hay diversos Trabajos Sociales desarrollados a partir de una raíz común”. Por lo tanto, toda reflexión que aporte a los debates sobre la identidad de Trabajo Social, desde y a partir del entrecruzamiento entre sus escenarios sociales y profesionales, reinterpretando su historia con los aconteceres actuales, aporta también para la construcción de símbolos, significados y signos compartidos conducentes a la acción colectiva, no necesariamente homogénea, pero sí coherente con cuestiones prescriptivas del deber ser en el mundo de lo social.

Resignificar la identidad en Trabajo Social conecta inmediatamente con la presencia de la heterogeneidad humana y social y ello motiva para abrir otro campo de conocimiento e intervención de la disciplina. Las diversidades sociales representan en sus luchas sociales esta heterogeneidad. Si bien corresponde al Trabajo Social apoyar los procesos de identidad en su interior, es la preocupación por cómo se tramita lo social en los espacios y territorios compartidos la conexión entre la identidad del Trabajo Social con la interculturalidad.

La interculturalidad, es una categoría que desde los años 70 hace eco en los discursos de organismos internacionales, los gobiernos locales, los ámbitos académicos y las organizaciones sociales. La interculturalidad se emplea para denunciar prácticas sociales asimétricas conducentes a la discriminación. En calidad de propuesta, sugiere la necesidad de aprender y establecer reglas y acuerdos para vivir juntos en territorios comunes, o simplemente, aboga por el derecho a la diferencia como fuente de riqueza social para un mejor vivir en la sociedad. Como categoría política se emplea para controlar las tensiones entre pueblos, grupos y seres diversos, cuando estos conviven en la sociedad moderna. También se recurre a ella para la defensa de modos de vida diversos, directamente conectados con la naturaleza, cuando se atenta contra su permanencia, privilegiando intereses capitalistas y modernizantes.

La interculturalidad, entonces, es el reconocimiento de la diversidad cultural proveniente de muchas fuentes, derivadas de la ancestralidad, los modos de

vida territorial, las subjetividades, los deseos de realización humana, las condiciones humanas resultantes de las estructuras sociales, políticas, culturales y ambientales, la estructuración de la vida planetaria, del relacionamiento y el poder entre seres humanos. Consecuentemente, Trabajo Social tiene de por sí la responsabilidad de frenar todo intento de homogenizar y establecer una sola verdad incuestionada para vivir colectivamente y con el planeta.

La interculturalidad como base para el relacionamiento simétrico no pasaría de ser un llano discurso y una práctica de control humano y social o una simple liberación de la expresión humana posmoderna, si no fuera porque se plantea que tal diversidad cultural ha estado sujeta a modelos de sociedad coloniales o dominantes, cuya pervivencia ocurre de múltiples formas, entre estas la colonización o invasión directa, el neocolonialismo y la dominación desde diferentes estrategias como la institucionalidad política, económica, educativa, familiar y religiosa, mediante discursos éticos que encarnan la modernidad, el desarrollo con todos sus enfoques, la democracia y la ciencia, los cuales, emprendidos con fines de emancipación humana, han conducido al antropocentrismo, al detrimento de los lazos sociales comunitarios, a la mercantilización del conocimiento y al aumento de la desigualdad social.

La decolonialidad, es decir el desentramarse de los discursos y prácticas que ocultan el desarrollo del capitalismo y el mantenimiento de las estructuras de poder moderno coloniales, sostenidas en el tiempo por las elites mundiales y locales, es atreverse al desprendimiento (Mignolo, 2008) de lastres dualistas en los que nos hemos formado para comprender, interpretar y explicar el mundo (teoría-práctica, sujeto-objeto, naturaleza-cultura, etcétera). Desprendernos del poder cognitivo y de los espejismos de la ciencia como productora única de realidades. Es también, necesario, desprendernos del patriarcalismo como sistema opresor y de su pedagogía de la crueldad (Rita Segato, 2003). Así mismo, es develar la matriz colonial en su conjunto (Catherine Walsh, 2008), en el ser, el saber, la naturaleza, pero fundamentalmente en la constitución ambigua del Estado y la sociedad, basados en lo uninacional, dejando por fuera la pluralidad política que le asiste con posibilidades para su refundación y decolonización.

En la contemporaneidad, las bases para la construcción de identidad disciplinar han tenido varios alcances:

En primer lugar, el concepto o definición de Trabajo Social presente en la literatura histórica (por ejemplo, Alayón, 1987), plantea una ubicación histórica y relacional con un sistema social y su orden particular.

En segundo lugar, como práctica social y académica que irrumpe, se adecúa y tramita con las expectativas de la sociedad, conjuga en su interior “nociones compartidas con las ciencias y las disciplinas sociales pero, simultáneamente, se define en la búsqueda de la especificidad (en la diferencia) de la profesión” (Alarcón y Lai, 2007: p. 41) sin la cual, no sería posible establecer diálogos interdisciplinarios, como tampoco mediaciones con las instituciones modernas de lo social.

En tercer lugar, su carácter ontológico relacionado con el ser, es también cultural. Nora Aquín (1999) plantea que, para Trabajo Social “la identidad no es solo una definición acordada por el colectivo profesional, tampoco es una serie de rasgos o características que portamos, sino es todo ello y además, también se constituye de la mirada que los otros construyen sobre nosotros. La mirada de los otros marca profundamente nuestra mirada sobre nosotros mismos, y es por ello que también nos constituye” (p. 7). Por lo tanto, nuestra identidad está hecha de prácticas culturales.

Como se aprecia, estas tres características mencionadas, pueden ser muchas más, pero lo importante en esta reflexión inicial es su actuación simultánea.

Con lo anterior, se busca centrar la discusión sobre los escenarios sociales emergentes como oportunidad para comprender el Trabajo Social en perspectiva intercultural y decolonial, porque sitúa la disciplina en un contexto histórico de conquista y colonización, con prácticas profesionales marcadas por la colonialidad y por ello la interculturalidad, surge como necesaria para los desafíos planteados por escenarios emergentes en la constitución y resignificación del Trabajo Social.

1. Desafíos en escenarios habituales de lo social en Trabajo Social

En la perspectiva de ubicar lo social como centro de nuestro quehacer disciplinar, es pertinente retomar lo señalado por Víctor Mario Estrada (2011) cuando se refiere a la intervención social como campo y espacio social de análisis, tomado como referente operativo de la acción social en permanente construcción. La intervención en lo social es la reformulación que vienen haciendo las profesiones y disciplinas, según él, “sobre la base de la existencias de nuevos contextos, nuevos escenarios, nuevos problemas sociales, nuevos y complejas problemáticas sociales” (p. 24), tal como lo hace el Trabajo Social.

Esta categoría, ha estado rodeada de muchas versiones, las cuales transitan desde el antagonismo capital-trabajo, que caracteriza la demanda por seguridad social y políticas sociales del Estado, como parte de un orden social capitalista

marcado por la proletarización y la división social de clases, hacia aquello que intenta descentrarse de lo económico en el marco del desarrollo, en directa relación con los problemas de distribución de bienes y acceso al bienestar social para los sectores sociales que requieren mejorar su calidad de vida (Campos Aldana, 2008). También es resultado de la crisis moderna donde lo social se complejiza más, por las múltiples dimensiones, su carácter muchas veces intangible, subjetivo e intersubjetivo y situado culturalmente, como se verá más adelante.

Lo constitutivo de lo social, ha estado influenciado por paradigmas epistémicos, teóricos, metodológicos y éticos que nos sitúan profesional y disciplinarmente en su abordaje. En tal sentido, nuestro nicho identitario ha estado centrado en el *problema social*, esa situación difícil vivida por personas y colectivos en tanto les impide cumplir sus metas de realización.

Su carácter público, le abre las puertas al Trabajo Social para conocerle, caracterizarle y proponer rutas de solución. No obstante, pueden ser explicados como el resultado de los desajustes propios de los individuos en la sociedad, pero también como producto de las contradicciones de ésta y las fragmentaciones en la cuestión social tanto como la legitimación del Estado, así como de las tensiones que viven las instituciones participantes en su solución (Rozas-Pagaza, 2010). Son los *problemas sociales* en su existencia los que nos han permitido abordar lo social y cimentar nuestro relacionamiento con quienes los sufren.

Atendiendo a este nicho identitario basado en el problema social, hablar de *escenarios habituales* sugiere aquello natural, inherente y propio, porque en gran parte ha sido la base de la formación, del ejercicio profesional y del desarrollo disciplinar.

De los muchos escenarios sociales, se pueden identificar tres habituales y claves para la intervención del Trabajo Social:

- El primero es el de la pobreza, escenario presente desde los orígenes del Trabajo Social, como consecuencia del desarrollo del capitalismo mercantil, industrial, financiero, comercial y cognitivo.
- El segundo, son las dinámicas poblacionales en espacios geográficos específicos, a la de la sociedad moderna y la tecnificación de lo social con el Estado-nación. Están relacionadas con las comunidades en las ciudades y el campo, la indigencia, los menores trabajadores, las familias y los programas de mejoramiento social en general.
- El tercero, se configura con los fenómenos coyunturales que han llevado a decisiones políticas, las cuales afectan la cotidianidad institucional del

bienestar social y su engranaje, ampliándolas y restringiéndolas. Estos escenarios coyunturales surgen con la asignación de subsidios, campañas educativas, atención a grupos específicos, fenómenos ocasionados por el desplazamiento, las víctimas y los desastres naturales y ambientales, entre otros.

Por tanto, los escenarios sociales propicios para el Trabajo Social han permitido la gestación de áreas de intervención profesional relacionadas con salud, vivienda, educación, rehabilitación, participación. Igualmente, soportados en los métodos clásicos comunitario, grupal, familiar y de grupos, cuya particularidad radica en que dependen de la vinculación profesional, principalmente a instituciones sociales.²

De igual forma, los problemas sociales han posibilitado la configuración de *campos de conocimiento* en Trabajo Social como el familiar, comunitario, forense, movimientos sociales, política social, bienestar, planeación, gerencia, salud, entre otros, que a su vez, han enriquecido el campo disciplinar, permitiendo identificar contextos, sujetos, intencionalidades, objetos de intervención y toda una fundamentación teórica, metodológica y ética de referencia (Muñoz-Franco y Vargas-López, 2013).

Con el transcurrir de estos escenarios habituales, Trabajo Social ha debatido su lugar en la ciencia social y adoptando teorías, adscribiéndose a paradigmas y generando conocimiento, métodos y posturas éticas frente a las realidades sociales, el padecimiento humano y la mecánica del cambio social.

En tal sentido, los principales *desafíos* en la aprehensión de lo social han estado determinados por dos perspectivas. Una *inductiva*, desde la cual es la particularidad de la situación, del contexto, de los sujetos y los objetos, define el análisis general de lo social, su intervención y punto de llegada. Una segunda de tipo *deductiva*, son los macro contextos y las estructuras sociales que determinan los escenarios micro para la explicación de lo social, su intervención y punto de llegada.

2 Es importante aclarar que si bien los y las trabajadoras sociales se vinculan en procesos, movimientos sociales y organizaciones, la clásica configuración profesional y disciplinar ha estado basada sobre un Trabajo Social que surge y se desarrolla en el marco de las instituciones estatales, sociales y académicas. Se propone desde el Trabajo Social intercultural y decolonial resignificar la pluralidad de historias de nuestra profesión y disciplina, desde nuestras vinculaciones directas con procesos sociales.

En su acontecer, el predominio de una postura pragmática ha rodeado ese trascurrir moderno de la profesión y disciplina, instalando desafíos relacionados con:

1. La totalización, o búsqueda incesante de capturar la realidad en forma completa e integral, cuyas características se refieren a la incorporación de múltiples dimensiones (social, política, económica, etc.) dentro de un problema o fenómeno social, conjugando disciplinas que permitan integrar lo macro social con lo micro, para incorporar todo el proceso administrativo (diagnóstico, ejecución, evaluación), apoyado en estrategias interinstitucionales e intersectoriales.
2. La focalización, es decir, esa caracterización cada vez más detallada de los problemas sociales, las poblaciones y los recursos disponibles, apoyados en criterios de eficiencia, eficacia y efectividad tanto en el costo como en el beneficio, basado en condiciones de pobreza, vulnerabilidad o exclusión, como parámetros para imprimir un sello de selectividad en la intervención.
3. La exactitud en la identificación y tipologización de quienes viven el problema. Son prácticas endógenas del desarrollo disciplinar y científico que, depuran una realidad o fenómeno específico y la relación con los sujetos involucrados. Mediante atributos, se procede a describir aquello que los hace homogéneos y posteriormente, se les relaciona con modelos ideales de la sociedad para establecer su grado de normalidad o atipicidad. De allí deviene la estrategia de intervención.
4. La tecnificación o cualificación permanente de los métodos para hacer más efectiva la intervención. En la perspectiva evolucionista del Trabajo Social, está referenciado con una mayor rigurosidad teórica y metodológica en la intervención, lo cual impulsa al logro de un mayor estatus científico y social.
5. La efectividad en la acción del bienestar, en tiempos cortos. Esta intención nace de la estrecha relación establecida por el Trabajo Social con la gerencia de la calidad, muy en boga desde la década de 1980 (aunque surgió desde la primera mitad del siglo veinte). En este sentido, se privilegia una lógica basada en tres pilares: acciones concretas y eficaces, empleo del mínimo de recursos para conseguir resultados. Muy de la mano con la gerencia de empresas privadas, donde el bienestar social pasa a resolverse basado en la estratificación social de las poblaciones. Se pierde por ende la dimensión política de derecho como parte del contrato social entre Estado y sociedad.

Finalmente, el corto tiempo para la intervención, la flexibilización laboral, pero también la asimilación de las teorías del capital humano, hacen mella en las estrategias sociales, reorientándolas hacia la competitividad, la productividad y el crecimiento económico. La difícil empleabilidad permea la intervención de los profesionales.

Todo lo anterior, sucede en medio de la creciente necesidad de rigurosidad teórica, metodológica y ética.

2. Desafíos en escenarios emergentes de lo social en Trabajo Social

Los escenarios emergentes de lo social no implican necesariamente una existencia reciente, obedecen a realidades visibles por el ímpetu que les acompaña en su acción social y por ello llaman la atención. Se convierten en campos de indagación académica y generan interrogantes sobre la forma de intervenir. Estos escenarios emergentes, como también son constructos de realidad, están marcados por la coyuntura, pero de la aprehensión que hagamos de éstos puede llevarseles a ser o no transitorios para Trabajo Social. En este sentido, es pertinente advertir que las disciplinas tienen el poder de visibilizar o invisibilizar ciertos asuntos sociales, porque, o no se logra encontrar respuesta teórica y metodológica rápida, o bien incomodan nuestras formas habituales de explicar, comprender y hacer lo social.

Grosso modo, se identifican cuatro escenarios emergentes de lo social:

- Un escenario corresponde a las *manifestaciones de la subjetividad* que caracterizan los relacionamientos sociales, donde la realización humana crea y requiere de otras materializaciones de la vida. La subjetividad importa, como lo mencionan Martínez y Neira (2009), porque va en doble vía, desde lo que conoce y percibe de su propia ubicación como sujeto en el mundo, con sus intereses y deseos (existencial) y también, por constituirse en campo de acción y representación de los sujetos en condiciones históricas, políticas, religiosas y culturales (relacional). Estas manifestaciones de la subjetividad afloran en la diversidad o disidencia sexual y de género, las capacidades diversas y/o especiales, los movimientos urbanos, las diferencias generacionales (juveniles, adultos mayores, niñez) y las expresiones artísticas, entre otras. No se agotan en las necesidades básicas que han ocupado al bienestar social, sino se develan en el plano de lo intersubjetivo, porque los significados de la

vida se comparten con otros en los variados caminos de humanización. Como lo señala Enrique Dussel (1999), la intersubjetividad nos conecta con la comunidad humana, en cuanto hacemos vida, la compartimos, nos comunicamos y nos constituimos desde las estructuras sociales de las que hacemos parte.

- Otro escenario se refiere a la *reavivación de lo ancestral* con el replanteamiento de los vínculos humanos con otros seres vivos y la recuperación de otros sentidos de vida adscritos a los territorios (pueblos originarios, afrodescendientes, gitanos, migrantes) en los que, la necesidad opera dentro de cosmovisiones más amplias y complejas.
- Un tercero, lo constituyen las *prácticas de re-existencia comunitaria* que configuran grupos de población (campesinado urbano, comunidades y familias afros, indígenas), expuestos a fenómenos de desplazamiento, desarraigo, despojo, violencias y exclusión a los cuales han resistido, cuya acción no se agotan allí en la contención, sino que se han volcado hacia la regeneración cultural (grupos artísticos, redes comunitarias, cabildos, centros culturales, huertas, entre otras), dentro de los nuevos hábitats o en los territorios en que han permanecido. Las re-existencias según Albán-Achinte (2009) son

Los dispositivos que las comunidades crean y desarrollan para inventarse cotidianamente la vida y poder de esta manera confrontar la realidad establecida por el proyecto hegemónico que desde la colonia hasta nuestros días ha inferiorizado, silenciado y visibilizado negativamente la existencia de las comunidades afrodescendientes. La re-existencia apunta a descentrar las lógicas establecidas para buscar en las profundidades de las culturas —en este caso indígenas y afrodescendientes— las claves de formas organizativas, de producción, alimentarias, rituales y estéticas que permitan dignificar la vida y reinventarla para permanecer transformándose (p. 455)

- El cuarto escenario emergente, está caracterizado por los *replanteamientos de la autonomía* dentro de los procesos sociales, sean urbanos o rurales (movimientos de pobladores, movimientos pro diferenciales, redes comunitarias y nacionales, movimientos transnacionales), en tensión con la institucionalidad pública y sus formas de hacer el desarrollo y el bienestar, aunque se sirven de ésta. El buen vivir o el bien vivir, como lo menciona Aníbal Quijano (2012), implica una existencia social alternativa “su actual emergencia no consiste, pues, en otro ‘movimiento social’ más. Se trata de todo un movimiento de la sociedad cuyo desarrollo

podría llevar a la des/colonialidad global del poder, esto es a otra existencia social, liberada de dominación/explotación/violencia” (p. 54)

En estos escenarios *emergentes* se identifican varios rasgos:

1. se demuestra una *historia* mucho más anterior al tiempo en que los visualizamos o damos cuenta de estos.
2. Una historicidad, es decir, la reflexión de estos hechos.
3. Unas *memorias* o recuerdos compartidos, porque colectivamente están presentes, así no sean representados de la misma manera.

Estos rasgos transitan entre el pasado y lo presente lo cual, obliga de entrada a romper con la idea lineal y recta o por etapas de la historia como progreso evolutivo, donde el tiempo pasado es significado de olvido o simple referente para superar. Así no opera la memoria colectiva, porque el movimiento es cíclico, en espiral y cobra otro sentido.

Por consiguiente, el nicho identitario de Trabajo Social parece mutar hacia las *complejidades de lo social*, desde las cuales, el problema visible convoca la entrada del Trabajo Social institucionalizado, pero éste, no necesariamente configura todo el vínculo entre profesionales y personas. Tampoco restringe o reduce su vinculación con los sujetos y los colectivos, sino más bien, es la comprensión, el análisis y el abordaje de la vida cotidiana en que transcurren sus vidas lo que motiva un relacionamiento más duradero y profundo.

Estos escenarios revitalizan lo social donde lo simbólico, lo intersubjetivo y lo intangible, son parte de su significado y aportan en la construcción de la reivindicación social. Lo social adquiere una connotación de entramado basado en relacionamientos a los que concurren simultaneidades históricas, contextuales, biográficas, temporales, espaciales y con otros sentidos de universalidad, que intentan situarse en confrontación con el sujeto moderno pre configurado, lo mismo con la sociedad única del bienestar (sí salud, pero una clínica de la mujer, un sistema de salud propia, sí educación pero una educación intercultural, sí espiritualidad pero una espiritualidad ampliada que no se agota en una sola religión, etc.); en otras palabras, la intervención requiere dimensionar la convivencia en un mismo contexto de diferentes lógicas y sentidos existenciales.

Estos *escenarios emergentes* han abierto campos de conocimiento en Trabajo Social (estudios de género, teorías de la complejidad, del sujeto, del poder, del conflicto, el territorio, la diversidad, la biopolítica, el derecho, la cultura, alternativas al desarrollo, estudios de la modernidad, posmodernidad, poscolonialidad,

interculturalidad, decolonialidad, etc.). También, han ampliado los ámbitos profesionales por la presencia en organizaciones étnicas, dependencias de cultura, organizaciones internacionales, y han enriquecido notoriamente las reflexiones disciplinares.

Las perspectivas de la intervención fundamentada por su parte, se ha robustecido en la vinculación de la investigación-acción-reflexión dentro de un mismo proceso, conducente a la liberación del ser para transformar el poder y esto ha hecho que las metodologías replanteen también las relaciones binarias que han copado los análisis sociales entre objeto/sujeto, teoría/práctica, profesional/usuario, y precisan mucho más los factores contextuales, ideológicos, epistémicos, operativos y éticos (Matus, 2005; Camelo y Cifuentes, 2006).

Los *desafíos* que plantean estos escenarios emergentes en las comprensiones de lo social desde Trabajo Social están dados por:

1. La interrogación de si los *conocimientos* disponibles para las lecturas de las realidades sociales son suficientes y pertinentes para afirmar que sabemos.
2. Si las *metodologías y pedagogías* disponibles permiten afrontar las complejidades de las interacciones humanas y los horizontes de humanización, sociabilidad y lucha social que ofrecen.
3. Si la ética del bienestar social que ha guiado nuestra intervención es adecuada frente a estos otros *sentidos de vida* (buen vivir, vivir bien, etc.) signados por lo atrasado, lo desviado y lo incomprensible.

Son múltiples las búsquedas en que nos encontramos en Trabajo Social, y seguramente serán muchas las respuestas logradas. Por lo pronto, y para cerrar, compartiré algunas reflexiones desde los retos interculturales y decoloniales que se plantean a estos escenarios de lo social.

3. Aportes de la interculturalidad crítica y la decolonialidad en escenarios contemporáneos de lo social en Trabajo Social

Para concluir y abrir esta última parte, es conveniente plantear que, tanto los escenarios habituales como los emergentes están presentes y son actantes en la contemporaneidad. La lucha social de los escenarios emergentes, contempla una conexión entre cultura, poder y sociedad, justamente, porque la reivindicación se realiza desde la condición de *ser cultural* en interacción con otros seres culturales, dentro de *espacios sociales* comunes. La cultura toma

una connotación social. El derecho a ser, poder vivir dignamente en un territorio, conservar y desplegar los saberes propios sobre bases culturales, genera a su vez, un entramado social, frente al cual la cultura es expuesta al mundo de las relaciones sociales.

Este transitar de la cultura propia a la relación con otras culturas, ha planteado serios interrogantes frente a las dinámicas interculturales en que transcurre el mundo actual. Las organizaciones sociales, las agendas gubernamentales, los estudios sobre cultura en la globalización y muchos programas sociales en general, dan cuenta de la institucionalidad como sombrilla para la interculturalidad, suponiendo que la cuestión principal es abrir oportunidades para lo diferente y diverso, su reconocimiento e integración en la sociedad moderna, sin alterar su curso con la economía capitalista, la civilización occidental y las lógicas dominantes en la geopolítica mundial.

Desde la institucionalidad local e internacional, dar voz al silenciado, al diverso y al excluido, parece ser una estrategia que permite, fomenta (premios, ingresos a la universidad, festivales, fechas para el reconocimiento, políticas diferenciales, acciones afirmativas) y luego restringe en la medida en que incomoda. Se continúa con el extractivismo, la expulsión y muerte de líderes sociales, el destierro, el racismo epistémico, la sospecha de la humanidad del otro, la proletarianización del campesinado y las formas modernas de esclavitud, aunque se reconozca y premie la diversidad.

Esta *interculturalidad funcional* basada en el reconocimiento, sin revisar los contextos generadores de la exclusión y la negación, ha sido cuestionada por los movimientos sociales, sus líderes, lideresas, y también por los académicos, porque se asume que no estamos ante simples problemas de relación, convivencia y tolerancia, sino ante cuestiones migratorias, étnicas, generacionales, de género y diversidad sexual, especiales y territoriales, presentes en seres humanos concretos, encarnados en luchas sociales de vieja data, con sufrimientos mayores marcados con heridas tatuadas en sus cuerpos, su humanidad y su vida social.

Desde la *interculturalidad crítica* se advierte que, la reducción de estas rebeldías a un problema de relacionamiento y convivencia deja por fuera o pasa por alto las asimetrías del mundo moderno, sus múltiples deshumanizaciones, las desigualdades sociales, la geopolítica del poder en las relaciones entre pueblos. Justifica proyectos de desarrollo desde postulados racistas tolerantes con los genocidios y epistemicidios facultados en nombre del progreso y de la ciencia; más aún, abre paso para la mercantilización de lo diverso como lo exótico,

folclórico o la pieza de museo la cual, debe industrializarse para supuestamente salir de la pobreza.

Las presencias de lo diverso, la diferencia y la variedad se vuelve un problema para la institucionalidad política, económica, social y cultural. Se crean políticas diferenciales las cuales, son llevadas a la práctica con mucha dificultad. Las acciones afirmativas se hacen presentes, pero el conjunto del Estado y de la sociedad, se apropian de sus símbolos, sus prácticas, y las banalizan; es lo que Patricio Guerrero (2004) denomina la usurpación simbólica, porque fácilmente lleva al folclorismo, mientras los sistemas de salud, vivienda, educación y otros siguen en la vía de lo moderno o son incólumes.

La crisis de la modernidad se traslada también a los pueblos colonizados. Los principios liberales fundantes de las democracias causan duda porque son esgrimidos para arrasar con pueblos enteros. El individualismo y la buena vida basada en la acumulación de bienes continúa, la matriz evangelizadora que reduce la espiritualidad a religión y una sola doctrina sigue vigente, y quizá lo más palpable es esta pervivencia de las herencias coloniales puesto que nos alejan de las posibilidades para: acceder a otros saberes, otras formas de conocer de hacer vida comunitaria, la economía, la justicia, el aprendizaje del mundo, el gobierno y la autoridad, el hacerse humano no antropocentrista y construir territorios de otro modo.

Lo social emerge como ese entramado de relaciones y vínculos entre humanos con otros seres, otras racionalidades, otros sentidos de vida, en tensión y lucha cultural permanente, con lo *habitual* y los valores de la sociedad moderna los cuales, han fomentado y permitido el desarrollo del capitalismo, racismos, patriarcalismos, sexismos y todos los ismos que han avasallado por siglos a seres humanos, pueblos y comunidades. Por su parte los movimientos sociales que dinamizan los escenarios de lo social desde las subjetividades, ancestralidades, re-existencias comunitarias y nuevas formas de autonomía territorial, son inmensamente versátiles en expresiones de lucha social, en pedagogías decoloniales y versiones de existencia.

Corresponde entonces a Trabajo Social conocer:

1. La contemporaneidad, porque nos plantea *retos epistémicos* en materia de lo que sabemos, pero también en nuestras formas de conocer y de relacionarnos con quienes encarnan la lucha social. Es necesario indagar por esas versiones otras de ser humano y por esos caminos de humanización y de vida social, ya que aun en condiciones de empobrecimiento, abogan por otra dignificación la cual muchas veces no comprendemos.

2. Son también *retos cognitivos* que nos permiten aprender de esas otras historias no contadas, opacadas con la historia universal de la civilización occidental, en la que se dejaron por fuera esas formas de hacer comunidad y convivialidad con otros valores y otros procedimientos. Conocer esas opciones para resolver la vida, esas pedagogías empleadas para la educación propia, la movilización, la reivindicación social, las cuestiones de organización social y la construcción de territorio, puesto que enriquecen nuestro bagaje metodológico y pueden generar conocimiento para Trabajo Social.
3. *Retos éticos*, porque nos instan a revisar los valores que fundamentan lo humanístico de la profesión y nuestra propia humanidad expuesta a prejuicios de raza, sexo, estética y clase social. Descolonizar el ser, el saber y el poder nos expone y despoja de muchas certezas, pero también reafirma nuestra identidad como compromiso con quienes han sido negados y excluidos.
4. *Retos políticos*, puesto que nos amplían el panorama del poder y su ejercicio en materia de gobierno, autoridad y justicia, como también el mundo de lo privado, ahora público en la política de la cotidianidad.
5. *Retos educativos*, ya que nos plantean la necesidad de currículos interculturales de carácter crítico, en los cuales tengan cabidas esas múltiples racionalidades en diálogo.

Finalmente, los escenarios emergentes no son tan nítidos como los habituales. Nos cuesta más entrar como Trabajadores o Trabajadoras Sociales, porque, han crecido sin nuestra presencia, pero enriquecen y resignifican los escenarios habituales y nos plantean retos en nuestra identidad profesional y disciplinar, la cual no está por fuera de nosotros mismos. Esta hace parte y compromete nuestra corporalidad, nuestra presencia y comprensión del mundo, nuestras aspiraciones de vida, nuestras propias herencias coloniales, ocultas muchas veces en los ideales de emancipar a otros dejando pendiente nuestra propia liberación. Tenemos grandes posibilidades de aprender intercultural y decolonialmente con quienes aún en la negación persisten y promueven otras alternativas de humanización y de sociedad.

Referencias bibliográficas

- Alarcón-Paz, Paulina y Lai-Caipillán. (2007). Identidad, roles profesionales y formación académica en Trabajo Social: el caso de la universidad de Magallanes. Tesis de grado en Trabajo Social. Punta Arenas, Chile. Disponible en: http://www.umag.cl/biblioteca/tesis/alarcon_paz_2007.pdf

- Alayón, Norberto. (1987). *Definiendo al Trabajo Social*. Buenos Aires, Argentina: Hvmnitas
- Albán-Achinte, Adolfo. (2009). Pedagogías de Re-existencia. Artistas indígenas y afrocolombianos. En Mignolo W y Palermo Z. (ed.) *Arte y estética en la encrucijada decolonial* (pp. 443-468). Buenos Aires: Ediciones del Signo.
- Aquín, Nora (1999). Hacia la construcción de enfoques alternativos para el Trabajo Social para el nuevo milenio. *Revista Servicio Social* 1 (3): 1-15.
- Aquín, Nora. (2003). El Trabajo Social y la identidad profesional. *Revista Prospectiva*, (8): 99-110.
- Aylwin, Nidia. (1999). Identidad e historia profesional. *Revista Colombiana de Trabajo Social*, (13): 7-23.
- Carballeda, Alfredo Juan Manuel. (2010). La intervención en lo social como dispositivo. Una mirada desde los escenarios actuales. *Revista Trabajo Social UNAM*, (1): 46-59.
- Campos-Aldana, Alba. (2008). Una aproximación al concepto de lo social desde Trabajo Social. *Revista Tendencias y Retos*, (13): 55-70.
- Camelo Aracely y Cifuentes, Rosa María. (2006). Aportes para la fundamentación de la intervención profesional en Trabajo Social. *Revista Tendencias y Retos* (11): 169-187.
- Dussel, Enrique. (1999). Sobre el sujeto y la intersubjetividad: el agente histórico como actor en los movimientos sociales. *Revista Pasos* (84): 2-26.
- Estrada-Ospina, Víctor Mario. (2011). Trabajo Social, intervención en lo social y nuevos contextos. *Revista Prospectiva* (6): 21-53.
- Giménez, Gilberto. (1997). Materiales para una teoría de las identidades sociales. *Revista Frontera Norte*, vol. 9 (18): 9-28.
- Guerrero Arias, Patricio. (2004). *Usurpación simbólica, identidad y poder. La fiesta como escenario de luchas de sentidos*. Quito: Ediciones Abya Yala.
- Martínez Posada Jorge Eliécer y Fabio Orlando Neira Sánchez. (2009). *Miradas sobre la subjetividad*. Bogotá: Universidad de La Salle.
- Matus, Teresa. (2005). *Apuntes sobre intervención social*. Santiago: PUC.
- Mignolo, Walter. (2008). La opción de-colonial: desprendimiento y apertura. Un manifiesto y un caso. *Revista Tabula Rasa* (8): 245-281.
- Muñoz-Franco, Nora y Paula Vargas-López. (2013). A propósito de las tendencias epistemológicas de Trabajo Social en el contexto latinoamericano. *Revista Katál*, vol. 16 (1): 122-130.
- Navarrete-Cazales, Zaira. (2015) ¿Otra vez la identidad? Un concepto necesario pero imposible. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 20 (65): 461-479.
- Quijano, Aníbal. (2012). Bien vivir: entre el desarrollo y la descolonialidad del poder. *Revista Vientos del Sur* (122): 46-56.
- Rozas-Pagaza, Margarita. (2010). La intervención profesional un campo problemático tensionado por las transformaciones sociales, económicas y políticas de la sociedad contemporánea. *O social em Questao*, Año XIII (24): 43-54.
- Segato, Rita Laura. (2003). *Las estructuras elementales de la violencia*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.
- Vergara-Schmalbach, Juan Carlos, Tomás José Fontalvo-Herrera y Francisco Maza-Ávila. (2010). La planeación por escenarios: revisión de conceptos y propuestas metodológicas. *Prospectiva*. Vol. 8 (2): 21-29.
- Walsh, Catherine. (2008). Interculturalidad, plurinacionalidad y decolonialidad: las insurgencias político-epistémicas de refundar el Estado. *Tabula Rasa* (9): 131-152.